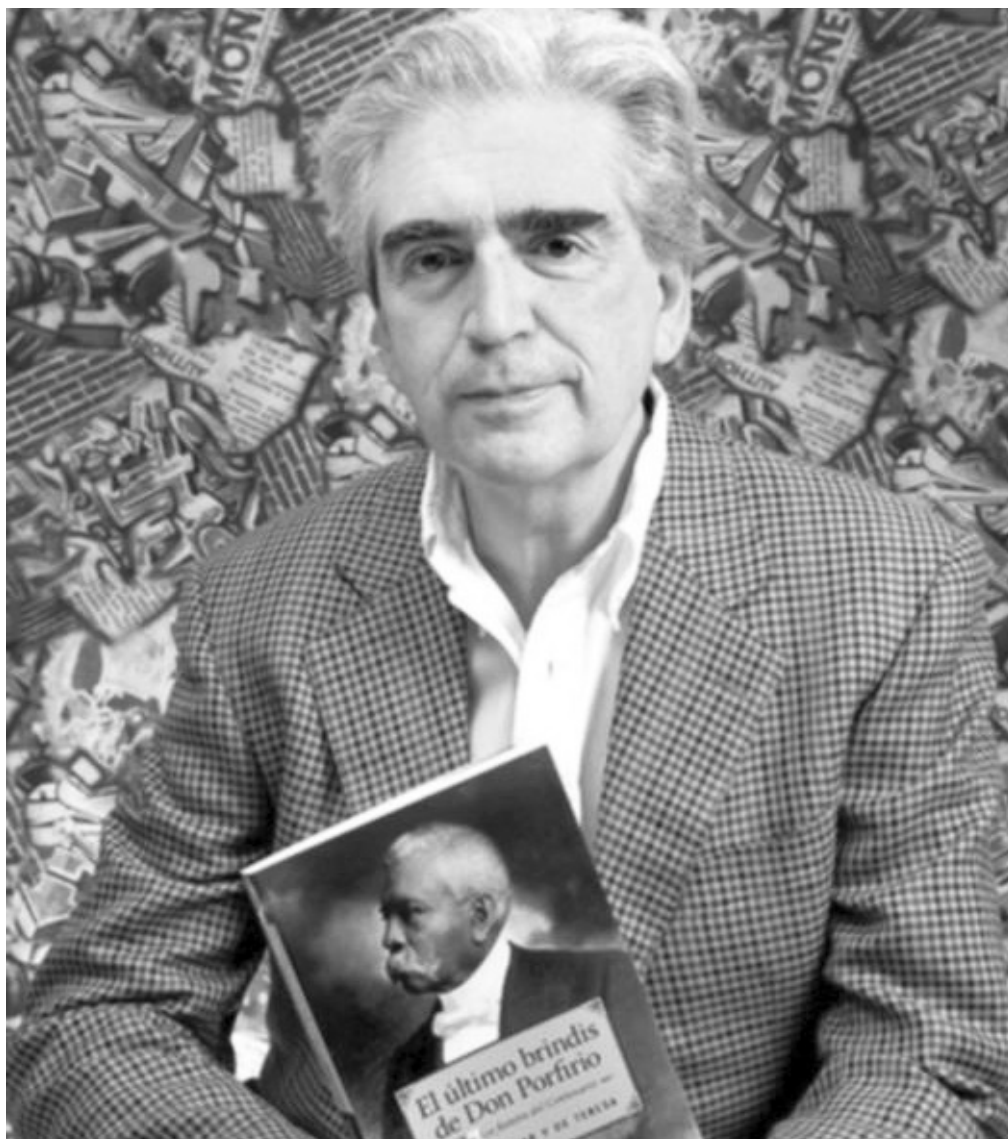


*El último brindis
de Don Porfirio. 1910:
los festejos del Centenario*

Comentarios al libro de Rafael Tovar de Teresa. México, Taurus, 2010, 323 p.

Marisa Pérez de Sarmiento





El libro de Rafael Tovar es una crónica en toda la extensión de la palabra. Un libro que ordena y presenta de manera amena, con un estilo ágil y desenfadado, la información sustantiva de uno de los momentos más intensos de la vida institucional de México, aquéllos que condujeron de la celebración del Centenario de nuestra independencia a la salida del país de quien por más de 30 años "dictó", como presidente, parte importante de nuestro destino nacional.

La obra de Tovar tiene la virtud también de que su sabroso y elegante discurso se acompaña de una gran cantidad de ilustraciones, algunas de las cuales tienen la característica de ser no sólo atractivas sino muchas de ellas inéditas. Quien ha trabajado este periodo histórico valorará de inmediato el mérito de esas novedades. En eso consiste el objetivo de la verdadera investigación: en allegar a públicos masivos, mediante un proceso de divulgación de calidad, respetuosos de las fuentes primarias y secundarias existentes, ángulos nuevos de un rincón del pasado.

La buena divulgación permite eludir la sentencia de don Edmundo O'Gorman, quién afirmaba con ironía que, muchas veces, el trabajo de los historiadores consiste en pasar la información histórica de la tumba de los archivos a la tumba de las bibliotecas.

Y en ese sentido, esta obra tiene un mérito muy notable. La calidad de la investigación realizada por Tovar, pero al unísono con la voluntad de difundirla con el acompañamiento de ilustraciones muy oportunas, son rasgos que hacen obligada la lectura. Porque el libro puede verse y leerse independientemente, aunque quizá ameritaría ciertamente otra edición con mayor despliegue técnico de las láminas que lo ilustran.

La obra de Rafael Tovar tiene un mérito adicional: nos invita a reflexionar, por la vía de la evocación de un pasado que tiene aún muchas lecciones que ofrecer al presente que vivimos.

De hecho, ninguna historia que pretenda sobrevivir a la eventualidad de su aparición en el mercado editorial, puede lograr su objetivo si no lo hace a través de una evocación que nos invite a ahondar en ese pasado específico, pero con la mirada puesta siempre en el presente de México.

El Porfiriato, el régimen porfiriano, o como quieran llamarle, ha sido una de las etapas de la historia nacional más difíciles de valorar objetivamente, en sus luces y sombras, en sus avances y retrocesos. Es evidente que esta dificultad para verlo con mirada serena ocurrió, durante casi todo el siglo XX, porque el régimen de don Porfirio se convirtió en el villano favorito de la Revolución mexicana, su sucesor histórico en la trayectoria de nuestra patria.

De poco valía a quienes enseñaban historia en la educación superior —en la primaria y secundaria era absolutamente imposible hacerlo— el intentar explicar esos contrastes y preguntar porqué, si la Revolución dio inicio contra don Porfirio, como nos lo decían los libros de texto, cómo explicar que una vez ido y luego muerto el llamado "dictador", la Revolución siguiera su curso con mucha mayor crueldad y énfasis destructivo que la actividad revolucionaria que ocurrió entre el año diez y el once, en los menos de 7 meses que pasaron de que estalló la Revolución —primero tímidamente—, renunció el Presidente y salió del país en el famoso Ypiranga.

Esta pregunta es solo un detonador de otras muchas reflexiones que debemos hacer sobre el pasado porfirista si queremos entenderlo en lugar de juzgarlo. Una reflexión más que sale de la lectura de este libro es, por ejemplo, la de la identificación de don Porfirio como padre de la patria, en cierto modo por su nacimiento en un 15 de septiembre. Otra, aun más relevante, es la de pensar que cuando don Porfirio cumplió 80 años en 1910, la patria no tenía —oficialmente— más que 89, (aunque estuviéramos celebrando el primer centenario, haciendo uso de una licencia histórica y ética perfectamente válida). Don Porfirio nació nueve años después de la promulgación definitiva de la Independencia y del establecimiento del nuevo estado nacional. Fue también actor sustantivo en la mayoría de los hechos históricos que formaron el convulso siglo XIX. Por todo eso, más por su labor paternalista como primer magistrado de la nación, el presidente Díaz tomó el carácter de un gran padre de la patria. Padre poderoso, autoritario y castigador. Como eran prácticamente todos los padres de familia de aquéllos años en los que la letra sólo con sangre entraba y en los que quien bien te quisiera, te haría llorar, según los dichos populares al uso.



Rafael Tovar cita, casi al inicio de su crónica, una historia impresionante que cuenta Federico Gamboa, el autor de la novela *Santa* y encargado de invitar y atender a los diplomáticos que vinieron a atestiguar las fiestas del Centenario. Gamboa refiere una escena violenta durante la ceremonia del Grito en la noche del 15 de septiembre de 1910, en presencia de lo *más granado* de las embajadas de los países *civilizados* del mundo, de la *crema y nata* del concierto de las naciones:

[...] En la bocacalle de Plateros [curiosamente hoy avenida Madero] se produjo un arremolinamiento de gente, ruidos y tronar de cohetes y apareció enmarcado un retrato de Madero con los colores patrios y vivas a él. ¿Qué gritan? Preguntó Karl Bunz, vivas a nuestros héroes muertos y al Presidente Díaz, le dije [...] ¿Y el retrato de quién es?, del General, dije. ¿Con barbas? Sí, le mentí con aplomo, las gastó de joven y el retrato es antiguo.¹

Tremenda impresión la de encontrar el retrato de Madero en plena ceremonia. Tremenda mentira de Gamboa al embajador del Kaiser. ¿Serían balazos los cohetes que menciona?

Don Porfirio sabía perfectamente de la existencia y persistencia de los desheredados y de los rijosos. Conocía bien qué tipo de agravios tan diversos, desde la pobreza y la marginación, hasta la falta de oportunidades en el gobierno y en el progreso, aquejaban a las clases sociales bajas y medias del país. No estaban invitados, desde luego, a las fiestas *de pomada*, pero se hicieron presentes en la plaza principal, en un acto de valor extraordinario. Lamentablemente, no tenemos testimonio de que ocurrió con esos maderistas comprometidos, que quisieron aguarle la fiesta, en el más preciso sentido de la palabra, al presidente Díaz.

Más allá de las anécdotas, me parece importante reflexionar sobre dos temas, que salen de la lectura del libro pero que van más allá de sus límites como crónica evocadora y de sus páginas físicas.

1 P. 23

El primero es: ¿cómo se lee este libro y esta historia del final del porfirismo, desde o en Yucatán? Hace ya muchos años, algunas décadas, que numerosos investigadores dedican sus esfuerzos a preguntarse no por lo que un libro contiene, sino por cómo es recibido o leído en una comunidad específica, en un momento específico. Y creo que convendría reflexionar sobre Yucatán en relación a una parte de la historia de México que nunca hemos entendido los yucatecos como plenamente integrada a nuestro pasado regional.

Hace también muchos años que Gilbert Joseph nos habló de la Revolución mexicana en Yucatán como una revolución que *vino de fuera*. El concepto fue muy exitoso y corrió rápidamente como una verdad historiográfica. Sigue siendo interesante y provocador y es compartido por muchos estudiosos de nuestro pasado local, a pesar de que investigaciones y reflexiones posteriores hayan matizado de muchas formas esa tajante afirmación, que quizá provino en parte del carácter de observador externo del doctor Joseph.

Pero más interesante aún puede resultar llevar esta historia de las cosas que nos llegaron de fuera más atrás en el tiempo y extrapolar lo dicho por Joseph a otras etapas de nuestro pasado.

La lectura de este libro me llevan a reiterar algo que he manifestado en otras ocasiones y contextos: el Porfiriato también nos vino de fuera. Es en parte una obviedad, porque ciertamente su inicio no tuvo lugar en la península yucateca. Pero no es del todo obvio. Los elementos que hubieran hecho al Porfiriato nacer *simultáneamente* en Yucatán al surgimiento del primer régimen porfirista, no existían en la entidad. Y esa circunstancia obligó a don Porfirio a irse con pies de plomo —y no era lo único en lo que usaba el plomo— en la selección de las personas y de los grupos que ocuparían —desde luego mediante la debida santificación democrática de un proceso electoral— la gubernatura de nuestra entidad.

Esta reflexión conduce a otra sobre una de las características más diferenciadoras de nuestro estado respecto del resto de las regiones de México durante este periodo. Yucatán fue prácticamente el único rincón de la república donde la reelección de las autoridades máximas del estado no tuvo lugar sino hasta 1905. Ya en sus postrimerías.



El gigantesco político y hombre de estado que fue don Porfirio, constructor de una notable porción del México moderno y del estado mexicano liberal, las pasó *negras* en cada proceso de selección de candidato al gobierno de Yucatán, para mantener el equilibrio entre las fuerzas de los que habían sido liberales "de toda la vida" (o sea por muchos años), con sus innumerables disensiones internas, las de los conservadores y de quienes se adhirieron al imperio de Maximiliano, y los grupos que hoy llamaríamos poderes fácticos, como la iglesia y los grandes capitales económicos de aquél Yucatán.

Sus dotes para controlar —y promover al mismo tiempo— la actividad económica y política, hicieron factible el desarrollo de una economía en crecimiento acelerado, a partir del henequén, que ubicó a Yucatán entre las provincias más ricas de una gran nación en fase expansiva. Pero también, la miopía del régimen —y las formas políticas e ideológicas dominantes de aquéllos tiempos— hicieron imposible atender oportuna y justamente la desigualdad social y el anquilosamiento de la vida política, que terminaron por conducirnos a una revolución que nadie quería, pero que las mayorías y las clases medias emergentes, auténticamente, necesitaron.

Yucatán estaba muy presente en la cabeza de ese anciano que brinda por la patria en el penúltimo momento estelar de su larga trayectoria política y militar. Era una tierra de promisión. De desarrollo. De futuro.

Su obra en Yucatán había sido valorada con cuidado cuando lo visitó 1906 en previsión del Centenario, para el que se creó toda la parafernalia de obra pública y festejos a los que se bautizó con ese sonoro nombre —comenzando o terminando, no lo sé, por el parque zoológico— y las fiestas y arcos triunfales que recibieron y despidieron al viejo presidente liberal en la ciudad de Mérida y en las haciendas de Yucatán.


Volvió a la ciudad de México convencido de las virtudes de su política patriarcal y modernizadora y continuó su camino hacia la celebración de los primeros cien años de la idea de un México independiente y nacional. Quizá fue el momento del pasado patrio en el que Yucatán estuvo más integrado al proyecto nacional en turno.



Sin embargo, a los pocos años, lo que don Luis González ha llamado la "procesión de los peros" se hizo cada vez más presente, y a cada exaltación de la obra de Díaz se oponía, más en la forma del rumor, del comentario confidencial que de manera pública, un pero mayúsculo que anunciaba un pronto cambio de la opinión pública sobre la obra del llamado "héroe de la paz".

Esta situación se impuso poco a poco en todas partes de la república y Rafael Tovar la evoca de manera extraordinaria con una carta del ministro de hacienda estelar del porfirismo, José Yves Limantour, verdadero artífice del crédito nacional. Con motivo de las fiestas del Centenario, en las que no pudo estar presente, por estar en Europa, y ante los crecientes rumores de la extensión del malestar que daría paso a la Revolución, Limantour sostiene en su carta al encargado del despacho de Hacienda, Roberto Núñez:

No quiero hablar a Ud. de política en esta carta. ¿Para qué...? Prefiero ocuparme de las otras locuras que están haciendo por allá, como son las del Centenario, pues estas siquiera no tienen más trascendencia que la pérdida de dinero que ocasionan, que después de todo no nos causa ningún trastorno, si es que sólo se hacen por una vez. Dirá Ud. Bien que esa locura me ha contagiado hasta aquí, pero la verdad es que no tengo ni valor ni ganas para resistir los asaltos contra el erario que por todas partes se han de estar llevando a cabo con furia, con los estandartes de Hidalgo y de Morelos al frente. Diviértanse Uds. bien en Septiembre, que Dios sabe si lloraremos en Noviembre o Diciembre.²

Qué tal. Menos mal que no quería escribir de política sino de cosas menores. Así estarían las cosas "menores", mientras don Porfirio ofrecía su último brindis. 

² P. 265.